

Un alto en el camino

Isabel Micó Feliz

Son ya bastantes los días vividos en soledad casi absoluta. En los que ha ido dejando en el Camino las huellas de sus pies cansados. En los que no ha encontrado paz. Esa paz que tanto anhela y perdió el día en que ella dejó de estar a su lado. Ella, a la que tanto amó y a él tanto amor le dio. Su compañera. Siempre pensó que envejecerían juntos. No pudo ser, la muerte la arrancó de su lado.

El hombre, peregrino en esta época de su vida, sube por un camino en cuesta. Encorvado debido al peso de la mochila y... al cansancio. También en un vano intento de protegerse de la ventisca de nieve que golpea su rostro. Ensimismado, con la vista fija en el camino que empieza a cubrirse con un ligero manto de nieve escarchada.

Va avanzando la tarde y ni atisbo de lugar habitado donde encontrar cobijo para pasar la noche. Un temor insidioso penetra en su mente. ¿Encontrará techo para protegerse del frío y de la nieve que parece decidida a dejarse caer durante horas?

Desde el momento en que decidió hacer el Camino fue consciente de que no era la mejor época del año. El invierno sería duro en la mayor parte del recorrido. Durísimo en los lugares montañosos, como este de hoy cercano a una cima de más de mil metros. Un paisaje desolado, solitario, como abandonado por el ser humano.

Se detiene un momento para retirar los copos de nieve prendidos en sus cejas y para tranquilizar la respiración, próxima al jadeo.

Escucha de pronto el trote de un caballo que viene a su encuentro.

- ¿Buenas tardes, peregrino? Muy tarde para andar por este despoblado.

- ¡Buenas tardes! ¿Queda lejos el pueblo más cercano donde haya un albergue?

- Malas fechas para encontrar lo que buscas. En los pueblos apenas quedan vecinos.

- Hasta hoy no se me había presentado este problema.

- ¡Tranquilo! Dios aprieta pero no ahoga. Te ofrezco cama en mi humilde casa. No queda lejos. La encontrarás al final de la siguiente subida.

- ¡Cómo se lo agradezco! Hoy me encuentro muy cansado.

- No puedo acompañarte, lo siento. Soy sacerdote, párroco de varios pueblos. Aún me queda uno en el que tengo que decir misa. Es probable que esté de regreso en casa antes de que llegues tú. Sólo espero que la nieve no arrecie.

- No se preocupe, Padre. Santiago me protegerá seguro y ella no permitirá que la nieve me venza.

El sacerdote le mira con extrañeza. ¿Ella? ¿Ha quedado rezagada?

- Ella... ¿no viene contigo? No es buen lugar para caminar en solitario...

- Disculpe, Padre. Ella está siempre a mi lado...

La sorpresa va en aumento, pero... calla.

- No puedo entretenerme, los feligreses me esperan. No tendrás pérdida. Colocaré un farol encendido en la ventana y su luz te orientará.

- ¡Gracias, Padre!

- ¡Hasta pronto!

El peregrino, más tranquilo, continúa su lento caminar. Poco después ve brillar la animadora luz de un farol. Su corazón late más deprisa. Ya no se siente tan solo.

Apresura el paso y no tarda en llegar hasta una pequeña casa de piedra. En la puerta abierta le espera el sacerdote, con una sonrisa amplia y los brazos dispuestos para el abrazo.

- ¡Bienvenido, peregrino! Estás en tu casa. Cerremos la puerta para que no se cuele el viento helado.

Le acompaña hasta una pequeña habitación, casi monacal.

- Ponte cómodo. Mientras, yo acabo de preparar la cena. No será de lujo, pero sí preparada con cariño.

El peregrino saca de la mochila ropa limpia. Se asea y, cuando le parece prudente, sale a la cocina-salón. Un fuego alegre chisporrotea en una chimenea de suelo. El mobiliario, sencillo. Una mesa de madera de castaño y un par de sillas. Del fogón viene un aroma provocador que le despierta el apetito.

La cena está a punto. Ayúdame, por favor, a poner la mesa.

El sacerdote se acerca con una fuente de loza llena de comida humeante. Berza cocida y algo, un tanto raro, desconocido para el peregrino.

Sirve en cada plato una ración abundante de berza y, a continuación, manipula con cuchillo y tenedor esa “cosa rara”, de aspecto no precisamente apetecible... (para quien no lo conozca). De esa “cosa rara” salen trozos de hueso con carne, adobados. Y... ¡qué bien huelen!

El anfitrión mira al peregrino y en su boca aparece una sonrisa socarrona.

- No sabes qué es esto que vas a comer...

- Nunca lo he probado.

- Te entusiasmará. Es la joya gastronómica de esta región. El botillo. ¿Quieres saber qué es?

- Por supuesto. Siento curiosidad.

- Después de despiezar el cerdo se reservan trozos de costilla, rabo y huesos poco descarnados. Se trocean y se adoban con sal, pimentón, ajo y otras especias. Se embute en el ciego del cerdo, una parte del intestino. Se ahuma y queda semicurado. Cuando vaya a consumirse se cuece envuelto en una tela para que no se rompa y le entre agua. Es un producto que se elabora en esta región desde épocas remotas. No exactamente con el mismo sabor, ya que no se usó el pimentón –que le da un sabor muy especial- hasta que no llegó de América. Aunque es comida sencilla, se reserva para ocasiones especiales. Y ésta es una noche muy especial. ¡Empecemos!

Fuera, el viento ulula como si gimiera. Dentro, el fuego lanza surtidores de c hispas. Los dos hombres se sienten alegres y en paz.

- Está a punto de llegar la medianoche. En el pueblo estamos los dos solos. El par de vecinos que quedan, ancianos ya, han marchado a pasar estas fiestas con algún familiar. Diré misa en la pequeña iglesia que se alza al otro lado del camino. No te sientas obligado, pero si me acompañas, me alegraré. Serás el único feligrés.

- Lo haré con mucho gusto. No soy especialmente practicante, lo siento. Pero... ella y yo asistíamos siempre a Misa de Gallo.

El sacerdote se prepara para decir la misa. Hacia la mitad, se detiene unos instantes gratamente sorprendido. ¡Una misa acompañada de música! El peregrino está tocando con la armónica el emotivo villancico “Noche de paz”.

- Paz es lo que pido al Niño Dios para todo el mundo. En especial para los que sufren. Para los que se sienten solos, abandonados.

Saca algo de un armarito. Lo lleva en las manos con mimo. Lo coloca en una pequeña cuna vacía que está en un extremo del altar y en la que el peregrino ni se había fijado. Ese “algo” es una bonita figura de barro del Niño Jesús.

Los dos hombres se acercan espontáneamente y se dan un abrazo.

De regreso a casa, el sacerdote saca de una alacena dos vasos y una botella.

- ¿Te apetece acompañarme un rato mientras tomamos un vasito de orujo? Mañana no hay que madrugar.

- Acepto, Padre.

Unos minutos de silencio hasta que el peregrino decide hablar.

- Le extrañará que haya mencionado a ella en un par de ocasiones. Que haga el Camino solo y en esta época del año.

Necesita hablar. Hablar con alguien dispuesto a escuchar. El corazón le late con fuerza al recordar.

- Ella... es, sigue siendo aunque haya muerto, mi mujer. Una repentina y mortal enfermedad se la llevó. Momentos que nunca podré olvidar. Tras su muerte quedé sin voluntad, perdido.

El sacerdote calla y escucha.

- Los amigos –que estoy seguro me quieren sinceramente- pretendieron ayudarme, en un intento de que estuviera solo el menos tiempo posible. Y solo es como yo quería estar. Bueno... ¡solo no! Ella continúa a mi lado, así lo siento. Aún me es posible ver su rostro con total nitidez. Escuchar su voz y su risa alegre.

El anfitrión bebe un sorbo del vaso. El peregrino ni lo ha tocado.

- Pensaba que si estaba rodeado siempre de gente –aunque fueran amigos de los dos- su imagen iría retirándose más rápido. Algo a lo que no me resigno. Por eso me agarré tenaz a la idea que se me presentó de repente.

El peregrino calla. El sacerdote le mira con afecto.

- Yo no tanto, pero ella había manifestado últimamente con frecuencia el deseo de que hiciéramos los dos el Camino de Santiago. Lejos del ajetreo y el apresuramiento diarios, tendríamos tiempo y calma para hablar y estar más tiempo juntos. Y, puede creerme Padre, lo estamos haciendo juntos.

- Y... ¿has encontrado ya esa paz que tanto necesitabas?

- Sí, ahora estoy seguro, gracias a usted.

- Yo poco he hecho, hijo.

Siguen hablando un rato más. Del Camino recorrido y del que le queda aún por hacer hasta llegar a la tumba del Apóstol.

Les vence el sueño y se retiran a descansar.

.....

Amanece una mañana de Navidad radiante. El cielo, intensamente azul y libre de nubes. El sol ilumina el paisaje que tan desolador le pareció ayer al peregrino.

Durante el desayuno reanudan la charla de anoche, aunque envuelta en un melancólico tono de despedida.

- Peregrino, no necesito decirte que aquí dejas un amigo, comida y cama para el descanso. Puedes quedarte el tiempo que necesites.

- ¡Muchas gracias, Padre! Aceptaría encantado, pero continuaré mi camino. Necesito llegar pronto a Santiago, abrazar al Apóstol y arrodillarme ante su tumba.

- ¿Me recordarás en esos momentos? ¿Pedirás por mí? Lo necesito.

- ¡Así lo haré... amigo! -Habla emocionado el peregrino.

- Y... si te ha gustado el botillo... ya sabes dónde te espera uno. No olvides que se reservan para una ocasión especial.

- No lo olvidaré.

El peregrino se prepara para continuar su Camino. El sacerdote, con melancolía en la mirada y tristeza en el corazón, queda a la puerta hasta que la figura, de nuevo encorvada por el peso de la mochila, desaparece en un recodo.

- ¡Buen Camino, peregrino!
